

CAPÍTULO III

DEPORTACION A MI CIUDAD NATAL, MADRID

El día 25 de enero de 1908 salía yo con dos compañeros que también iban deportados, Abril y García, ambos gallegos, y fuimos juntos hacia Barcelona, puerto donde íbamos dirigidos. Recuerdo que vinieron a despedirnos a la dársena, como 500 compañeros y el Centro Femenino en pleno, con banderas y carteles, siendo para mí y los compañeros que iban conmigo, un momento muy emocionante. También mi madre y mi hermano se encontraban allí. Mi madre, por supuesto afligida y llorosa, pero yo, a pesar del efecto que en mi corazón de niña eso me producía, contenta y feliz, porque sabía que me deportaban por defender una causa justa, y porque volvía a España, aunque me dolía, como es natural, dejar a los míos. Pensaba y aseguraba que iba a volver pronto, como así fue.

Al llegar a España, puerto de Barcelona, donde íbamos dirigidos, al amarrar el barco vino la policía en nuestra búsqueda y nos llevaron a la gobernación civil. Nos recibió Ossorio y Gallardo, que era en 1908 gobernador de Barcelona. Después de una serie de interrogatorios y de tenernos detenidos 48 horas, nos puso en libertad, a condición de que nos fuéramos inmediatamente de Barcelona, si no, se nos aplicaría varias quincenas de cárcel. Mis compañeros de viaje y deportación se fueron enseguida, uno para El Ferrol y otro para La Coruña. A mí, a la salida me esperaban varios compañeros, entre ellos Teresa Claramunt, que en aquel momento conocí y recibí su abrazo de solidaridad y afecto; estreché la mano de todos los que me vinieron a buscar, y con ellos me dirigí al arco San Pablo, que era la calle donde estaba el periódico "*Tierra y Libertad*". Me encontré y conocí a muchos compañeros y me llevaron a la casa de Teresa Claramunt y Bonafulla, que en esos momentos sacaban el periódico "*El Rebelde*", y los encontré en plena faena, haciendo la ex-

pedición. Muchas fueron las preguntas y respuestas, grande la satisfacción y alegría de verme rodeada por tantos y queridos compañeros. Me llevó Teresa a casa de Anselmo Lorenzo, y lo encontré ya sentado en su sillón afectado de la parálisis de la que nunca más se recuperó. Conocí a sus hijas y pasé un día imborrable para mi memoria en su compañía. Se habló de todo y de todos, y me pidieron que en Madrid, adonde pensaba dirigirme, hiciera algunas diligencias y llevara algunas cosas, y hablara con algunos compañeros, lo que hice con mucho gusto. Conocí una de las muchas escuelitas fundadas por Francisco Ferrer que había en un pueblito próximo, y los días que estuve me llevaron por todas partes para que viera y conociera Barcelona. Y llegó el día de mi partida para Madrid.

A mi llegada a Madrid me esperaba en la estación Antonio Lozano, a quien habían avisado los compañeros de Barcelona. La seña para reconocernos era un diario en la mano. Tuvimos una gran alegría al encontrarnos y abrazarnos, pues recién nos conocíamos. De allí fuimos a su casa de la calle del Oso nº 9, donde su compañera me esperaba con un rico almuerzo que matizamos con una conversación profunda e interesante. Al cruzar las calles de Madrid, pasaron por mi mente muchos recuerdos de mi infancia y el dolor de sentirme tan lejos de mi madre. En nuestra primera conversación con el compañero Lozano, desfiló por nuestra imaginación y nuestras palabras, Buenos Aires, la República Argentina, los compañeros, la propaganda, las ideas, mi deportación y la de los otros compañeros, todo aquello que nos interesaba y que era la causa de mi estadía en Madrid. Pasé varios días visitando amigos y familiares, que aunque estaban lejos de mi manera de pensar, no dejé de sentir una gran alegría al poderlos volver a ver, pues hacía ocho años que había salido de Madrid y conservaba aún fresca en mi memoria el recuerdo de los días felices de mi infancia y el grato recuerdo de sus calles, sus casas y sus plazas, donde el dolor y la alegría de mis primeros años de mi vida los pasé junto a mi madre.

Todas las noches, los compañeros se reunían en un café de la calle de Alcalá y allí iba yo con Lozano, donde pasaba momentos felices y amenos. Siempre a mi llegada eran nuevas presentaciones de compañeros que venían con deseos de conocer y conocerme y saber algo de la República Argentina. Nuestra conversación siempre giraba en torno a las ideas y movimiento internacional, y yo trataba de interiorizarme de la propaganda y los sucesos que en esos momentos se realizaban en Madrid.

Todo me interesaba a los 18 años y todo era nuevo para mí. El deseo de saber, conocer y aprender se transformaba en mí en una obsesión maravillosa. Me propusieron los compañeros realizar un acto público donde yo hablaría y mi tema sería *"La represión en la República Argentina, mi deportación y la de mis compañeros, Federación Obrera Regional Argentina y la amplitud de su movimiento obrero"*. Acepté y me preparé para ese acto, que los compañeros organizaban con entusiasmo y no pudo realizarse, porque a los pocos días, una noche al salir del café, nos detuvieron a mi y a dos compañeros que me acompañaban, Lozano y Mantié. Me llevaron a la gobernación y a las 48 horas me mandaron de nuevo a Barcelona.

Allí vino a recibirme la guardia civil y me trasladaron a la gobernación, donde me recibió Ossorio y Gallardo, y después de un cambio de palabras y preguntas, me dijo que él ya me había dicho y advertido que no me metiera en nada. En esos momentos en Barcelona las bombas se repetían diariamente, después se descubrió que era un tal Rull, un policía secreta, el que colocaba las bombas por orden de la policía para tener un motivo de represión en el movimiento obrero y anarquista; 48 horas me tuvieron detenida, y después me dijo Ossorio y Gallardo: —Yo no puedo deportarla porque usted es española, pero si no se me va de España por su propia voluntad, le voy a hacer pasar varias quincenas detenida. En esos momentos en Barcelona se le aplicaban quincenas a los anarquistas, lo mismo que se hacía en Argentina con el famoso cuchillito misterioso, es decir lo acusaban y lo ponían preso, y cuando cumplía el tiempo que le habían dado, salía y a la media cuadra volvían a detenerle y acusarle de nuevo y así se pasaban algunos compañeros, meses y meses presos injustamente. Lo mismo hacían en Barcelona al aplicarles las quincenas. Le dije a Ossorio que lo pensaría y lo consulté con los compañeros que venían a verme y traerme todo lo necesario no bien supieron por los compañeros de Madrid que me habían detenido y traído de nuevo a Barcelona. Ellos me aconsejaron que aceptara, pero que le dijera a Ossorio que me iría a Marsella (Francia), a condición que no me mandara como deportada sino como pasajera. Ossorio y Gallardo aceptó ese temperamento y me dejó en libertad algunos días para que preparara mis cosas, teniéndome que presentar todos los días en la gobernación civil a las cinco de la tarde. Los cinco días que permanecí en

Barcelona, los aproveché para visitar y conocer compañeros y esas hermosas ramblas y avenidas de la ciudad condal.

El día 22 de marzo de 1908 salía yo rumbo a Marsella. El gobernador Ossorio y Gallardo me había hecho entrega por intermedio de su secretario, del pasaje más 30 pesetas para gastos. Me acompañaron un grupo de compañeros a bordo más dos policías de particular, que se quedaron un poco alejados hasta la salida del buque.